

EL FANTASMA DEL FRENTE POPULAR

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

LO que viene sucediendo en este país desde comienzos de abril es fácil describirlo siguiendo la narración del primer párrafo del Manifiesto Comunista, pero sin adoptar las dos conclusiones finales que extraían Carlos Marx y Federico Engels de los hechos que denunciaban.

Un fantasma recorre España: el fantasma del Frente Popular. Todas las fuerzas de la Vieja España se han unido en Santa Cruzada para acosar a ese fantasma: Fernando Abril, lanzando la primera acusación global de frontepopulismo cuando no habían transcurrido ni veinticuatro horas de la firma del acuerdo PSOE-PCE; José Luis Alvarez, denunciando su traducción municipal en la toma de posesión del nuevo alcalde democrático madrileño; Josep Tarradellas, concretándolo en su versión catalana al arrojar el exabrupto del 6 de octubre de 1934 a los trescientos mil manifestantes en pro del Estatuto de Autonomía; los editoriales de los medios de comunicación, poniendo el grito en el cielo (sobre todo, claro está, el "Ya"); la Embajada norteamericana se inquieta y envía emisarios a diestra y siniestra y los sectores más lúcidos del mundo financiero —incluidos importantes núcleos del mismo partido gubernamental— se interrogan sobre las consecuencias de la gestión política del dúo Suárez-Abril, a la vez que piden públicamente, a través de sus portavoces periodísticos, a Felipe González que quiebre el Frente Popular.

El análisis que subyace en esta acusación es simplón y superficial. Una izquierda irritada y desequilibrada, porque el 1 de marzo ha supuestamente desbaratado sus presupuestos teórico-políticos previos, endurece su posición con ánimo de revancha ne-

gando el pan y la sal democrática al victorioso partido gubernamental. Siguiendo el esquema de 1931, que nada tiene que ver con la actualidad, pero que, sin embargo, seduce a políticos de la derecha y de la izquierda alternativamente, no está más que en presencia de la respuesta airada e irracional de la izquierda a un supuesto fracaso analítico anterior. Cuando precisamente todo lo que viene ocurriendo desde el primero de marzo confirma la validez de este análisis, la izquierda tiene que pactar con una parte de la derecha un programa y una acción de Gobierno sin riesgo de entrar en una gravísima dinámica bipolarizadora (ver TRIUNFO, febrero 1979), por cuanto es prácticamente imposible que la derecha gobierne en solitario la consolidación de la democracia. No han pasado ni sesenta días y quienes, por uno u otros motivos, celebraban los resultados del 1 de marzo comprueban que aquello no era más que una victoria pírrica con los pies de barro. La manipulación del voto del miedo puede condicionar el desarrollo de una tendencia general del proceso, el pacto de un sector de la derecha con la izquierda en la fórmula del centro izquierda, pero no puede impedir que su necesidad histórica se manifieste por aquí o por allá de mil formas y maneras. Despacharla con la argumentación de que en España siempre ha gobernado la derecha es eludir señalar que lo ha hecho, con la excepción de 1931-1939, de un modo no democrático cuando no abiertamente dictatorial.

El cepo canovista

Aunque, a veces, como ocurrió en la anterior Restauración este dominio no de-

mocrático iba parejo con algunas mínimas formas democráticas que decorasen el montaje político. Experiencia que no ha dejado de estar presente a lo largo del proceso de transición de la dictadura a la democracia. Precisamente la gran discusión anterior a la operación reformista, que dividía a la derecha, era saber exactamente la capacidad de tragar con la

cesario pero insuficiente análisis moral o ético o la superficial descripción de unos hechos sin incidir en su fondo y contenido. Es decir, una izquierda ética o cronista de unos hechos involucionistas sin más, preocupada por defender su posición particular y agradecida por no tener que someterse a los rigores de una dictadura. Lo que no esperaban, sin duda, era una



González y Carrillo sellan la "resurrección del frontepopulismo municipal".

que emergía la izquierda. La práctica del consenso constituyente despejó esta incógnita creando, sin embargo, peligrosos espejismos políticos en las mentes de algunos políticos: la izquierda estaba dispuesta a todo con tal de no ser clandestina de nuevo y se había pagado un excesivo precio por su colaboración.

Fiel a esta ilusión política, el 1 de marzo la derecha, o mejor dicho la actual dirección política, inicia una clara operación de retroceso en lo político y en lo económico-social pensando que no va a existir respuesta política de la izquierda. Todo lo más el ne-

respuesta política, combativa, a través de la cual expresase su más rotunda negativa a ser la izquierda canovista que algunos sectores de la derecha ansían.

Es esta decepción la que explica la enorme sorpresa del pacto entre socialistas y comunistas. No se le esperaba ni por este lado ni por este momento. Porque este acuerdo marco sobre temas municipales del PSOE y del PCE es la constatación de que se han equivocado: la izquierda, en su conjunto, no traga ni está dispuesta a tragar la congelación del proceso democrático y su partici-



Y el mismo "negro frente" en Cataluña, con el acuerdo entre el PSC y el PSUC sobre la Alcaldía de Barcelona.

pación en el falseamiento de un sistema democrático y análogo al sufrido durante la primera Restauración. Al final quien ha sido cogido en el cepo canovista es quien precisamente lo había instalado pensando en el pie izquierdo de la izquierda.

Endurecer la realidad o una realidad endurecida

Elo es lo que determina la crispación y tensión que preside la actual situación política. Porque frente a la acusación de que es la izquierda la que en sus análisis endurece la realidad existe la constante y sistemática presencia de una realidad endurecida de por sí, dado que se dan serios pasos hacia atrás y el Gobierno no parece tener más proyectos que el de salir día a día de los problemas que lo agobian. Más aún, la realidad es tan dura que ni siquiera aparecen en el horizonte alternativas al callejón sin salida en el que se encuentra el proceso democrático.

Desde el primero de marzo al primero de mayo hay sesenta días de inquietantes síntomas retrógrados en el Gobierno (salida de Fernández Ordóñez), Cortes (sesión de investidura y reforma reglamento), municipios (resoluciones gubernamentales que vacían de poder a los alcaldes), nacionalidades (retardo de los estatutos de autonomía y elaboración de una

política suicida en Cataluña y Euskadi), economía (relanzamiento proceso inflacionario como demuestran los últimos índices del coste de la vida publicados), sindicatos (próxima operación gubernamental para lanzar la tercera fuerza sindical frente a CC. OO.-UGT), aparato de seguridad (la extraña muerte de un dirigente del GRAPO en pleno centro de Madrid), Administración (la fuga del fascista Lerdo de Tejada) para que se pueda sostener la tesis de que es la izquierda quien endurece la realidad por un supuesto revanchismo y un inexistente fracaso analítico.

La misma respuesta de la izquierda está carente de toda dramatización. Es imposible encontrar un pacto más coyuntural o más limitado que el que ha sido firmado por socialistas y comunistas en Madrid. Pacto que intenta distender la situación más que agravarla y que responde a la ineludible necesidad de democratizar la vida local. Pensar que esta tarea era realizable sin este acuerdo unitario era desconocer, además, que la inmensa mayoría de las candidaturas presentadas por Unión de Centro Democrático tenían un tufillo del antiguo régimen, como consecuencia de haber sido elaboradas desde el Ministerio del Interior, que las hacían completamente impresentables. Y las confeccionadas por el partido gubernamental representaban un conjunto de personalidades abierta-

mente reaccionarias como la de Madrid.

Todo empujaba y empuja al PSOE y UGT hacia el PCE y CC. OO. Aunque entre ambas organizaciones políticas subsisten notables diferencias prima en ellas el deseo de defender la democracia y de no prestarse a un juego indigno que sería el camino más corto para volver hacia atrás. Es una unidad democrática, análoga a la que existía en los primeros tiempos de la operación reformista, y que por entonces a nadie asustaba e inquietaba. Padrino de ella es quien, no siguiendo desde luego los intereses de la derecha, desde el Gobierno juega a la bipolarización social y empuja a los socialistas hacia la izquierda en lugar de intentar atraerlos hacia la derecha con una política diametralmente diferente.

El impacto de un pacto

Pero, si esto es así, y lo es ya qué viene toda la Santa Cruzada contra un inexistente Frente Popular? Aparte las evidentes razones de los partidarios de la bipolarización social, que buscan eternizar la oposición "yo o el marxismo" e impedir que una alternativa de izquierdas pueda conseguir el poder, la derecha en su conjunto se siente preocupada no porque este pacto sea el Frente Popular —demasiado bien sabe que no lo es—, sino porque puede acabar siendo el primer paso

de un futuro programa común de toda la izquierda.

Ese es el principal impacto político de un pacto municipal: la posible unión de las izquierdas. De ahí que se combata a un fantasma inexistente, pero que puede acabar tomando cuerpo si los acontecimientos no se enderezan. La derecha en esto, como en todo, previene antes que curar y se pone la venda antes de que realmente haya estallado la herida frentepopulista.

Pero, de momento, su primera reacción es inútil. Pedir a Felipe González que rompa lo que no existe o que quiete lo que podría existir es, además de inútil, una oración que se puede volver por pasiva: rompe tú primero una política bipolarizadora que amenaza seriamente las perspectivas de la consolidación de la democracia. Más aún. Es justamente la formación de este pacto socialista-comunista el mayor acicate para hacerles actuar en una dirección democrática. Ya que sin ninguna duda el acuerdo PSOE-PCE es el catalizador de todo el presente político de nuestro país. De ahí que puedan abandonar la idea de intentar romper un acuerdo municipal. Eso es ya un hecho de largo alcance.

La respuesta a la incógnita sobre si este pacto va a acabar transformándose o no en un pacto político la tiene, sobre todo y por encima de todo, la derecha. Son las consecuencias de la reflexión que hoy hace la derecha las que van a decidir si en el futuro tendremos un pacto político-municipal o municipal a secas. Sin olvidar que entre uno y otro tipo de pacto existen pactos intermedios, como podría ser el de un pacto de legislatura para actuar unidos en las Cortes, que podrán producirse o no en función de que se ponga un firme "stop" a la política personalista y autoritaria del partido gubernamental. Porque acaba de decirlo Francisco Fernández Ordóñez en un coloquio lisboeta, "La democracia tiene que ser en España algo más que el gesto efímero de elegir unos parlamentarios o un Gobierno". ■